



ENSAYO

Aproximación al discurso político en Castilla-La Mancha

Fernando Mora Rodríguez. Politólogo

El próximo Agosto hará catorce años que Castilla-La Mancha cuenta con un régimen de autogobierno articulado a través de un Estatuto de Autonomía. Se abriría así a una Historia por hacer una Región de la que siempre se dudó respecto de su viabilidad política cuando solo cuatro años antes, en Noviembre de 1978, nacía como ente preautonómico.

Desde entonces un buen número de ciudadanos de la nueva región han nacido en un ámbito político-administrativo que no existió como tal para sus progenitores. Hoy, las Instituciones regionales les prestan una serie de servicios que antes desarrollaba en exclusividad la Administración Central. Los niños que nacieron en aquel año, hoy pueden estudiar en cualquiera de las Facultades o Escuelas de la Universidad de Castilla-La Mancha, evitando los desplazamientos a regiones limítrofes, Madrid y Valencia, a que se vieron abocados los jóvenes de la anterior generación.

A lo largo de todos estos años se ha configurado todo un complejo sistema político, y se ha generado una clase política específicamente regional, una auténtica mesocracia, que ha delimitado en el ámbito geográfico de la región su campo específico de actuación.

El desarrollo de las Instituciones regionales se ha fundamentado en torno a un subsistema de partidos, mera traducción del imperante a nivel nacional, con las correcciones propias que se derivan de la no existencia de partidos de carácter regionalista. Este sistema de cuasi bipartidismo perfecto ha consolidado al PSOE como fuerza hegemónica, mientras el Partido Popular, lo ha hecho como principal alternativa. Los partidos que levemente han roto ese bipartidismo (CDS en el período legislativo 1987-91) y la coalición Izquierda Unida (Legislaturas 1991-95 y 95-99), mantienen escasa incidencia electoral, en el primer caso no consolidada, y en vías o con pretensiones de hacerlo en el segundo.

Todos estos elementos han condicionado el discurso político en el ámbito regional con carácter general, amén de determinadas especificidades que expondremos en la medida en que desarrollemos nuestra tesis.

Si el discurso político, como lógicamente debemos

hacerlo, se analiza en función de la recepción del mensaje, bien podríamos decir que éste reúne unas características propias del monodiscurso, o discurso monopolístico. Ello es así, en la medida en que el verdadero articulador del mensaje político en la región es el Presidente de la Junta de Castilla-La Mancha, José Bono, sin que quepan discursos diferenciados o con referente distinto a los que él maneja. Más adelante, veremos los elementos diferenciados que pretenden el Partido Popular o Izquierda Unida.

En estas circunstancias es preciso señalar, que el mensaje de José Bono se ha constituido en verdadero referente ideológico de la Región. Presidente desde las primeras elecciones autonómicas de 1983, su acción política le consolida como el artífice de la Región, lo que al tiempo le ha posibilitado el ampliar su ámbito de influencia fuera de la geografía política castellano-manchega, con presencia en la dirección federal del PSOE, siendo así el único político regional —que no de la región— con proyección política externa.

A lo largo de doce años de Presidencia, Bono, ha articulado un discurso político que ha marcado el ritmo de Castilla-La Mancha de una forma progresiva, y que se ha ido transmitiendo y vinculando a la generación de un sentimiento de región, inexistente hace poco más de una década.

El discurso político se imbrica, y es el propio, del Partido Socialista en Castilla-La Mancha, que al tiempo, ha ido marcando “sus” diferencias respecto del discurso nacional del PSOE, especialmente a partir del momento en que el Presidente autonómico alcanza proyección política nacional.

Podríamos definir, al menos, dos etapas en la configuración del discurso político regional. Una primera, de institucionalización política, donde el objetivo marcado es justificar la existencia de una región no histórica, de un “invento” político-administrativo que tiene que demostrarse como bueno y útil ante el ciudadano. Su existencia sólo podrá justificarse a través de la eficacia en la gestión, la proximidad al ciudadano, y la generación de un sentimiento de desarrollo y esperanza en el futuro. En

esta etapa se ha de luchar contra el sentimiento provinciano, al menos en dos frentes importantes de cuya solución y equilibrio dependerá la viabilidad futura. Me refiero a la fijación de la capitalidad, donde se opta por Toledo, no sin fuertes tensiones, y a la Universidad, que encuentra su solución de equilibrio en un campus disperso que prima a Albacete y Ciudad Real, y que deja a Guadalajara vinculada a la Universidad de Alcalá de Henares.

La segunda etapa, tal vez la más importante, vendría generada, a mi entender, por un discurso de carácter y configuración regionalista, que cumple un doble objetivo. Uno, la consolidación de Bono como líder regional, y dos, de Castilla-La Mancha como ente político con capacidad de desarrollar sus potencialidades como región delimitada y diferenciada. El punto álgido de esa ruptura, que evidentemente viene fraguándose desde hace algún tiempo, se produce en 1987, cuando en vísperas electorales, Bono opta por primar decididamente los intereses regionales que, además, identifica, en ese momento, con sus intereses electorales. El triunfo electoral se consolidará en la medida en que se atiende activamente, y de forma prioritaria, los intereses de la Región, cuya defensa encuentra su máxima expresión, en esos momentos, en la declaración, por parte del Consejo de Gobierno de la Junta, de la finca Cabañeros como Parque Natural, en un claro desafío al Ministerio de Defensa que la había adquirido como campo de ejercicio de tiro de las Fuerzas Aéreas.

Este punto de ruptura señala los elementos de una acción política de marcado acento regionalista como primer elemento del discurso político que pasa por “la defensa de los intereses regionales, y el fortalecimiento de la voz propia de Castilla-La Mancha”. Entre los elementos configuradores de este discurso, remarcamos, 1º: las diferencias con el Gobierno de la Nación —en la medida en que estas ha supuesto un conflicto abierto y público, a pesar del mismo color político del partido en el Gobierno—, y particularmente, con el Ministerio de Obras Públicas, en dos cuestiones elementales, EL AGUA (Trasvase Tajo-Segura) —en una región que sufre históricamente su carencia y padece sequedad, a veces endémica—, y la preservación del ECOSISTEMA (Protección de las Hoces del Río Cabriel), mediante la abierta oposición al trazado de la Autovía de Valencia en la forma prevista por el Ministerio. 2º: Estos elementos de controversia afectan también a las Comunidades vecinas: la Valenciana, (que reclama, de una parte, trasvase de aguas a través del acueducto Tajo-Segura, y de otra, urge una rápida solución al trazado de la Autovía), y Murcia, principal peticionaria de aguas para sus cultivos de huerta y frutal.

El agua se materializa así en verdadero elemento vertebrador de una región que nació a la historia

invertebrada e inconexa, y por supuesto, en el fundamental acicate regionalista. Se es consciente que el líquido elemento es un factor de riqueza, que se debe administrar de forma racional. Pero esta carencia se predica, al tiempo, como un factor de agravio frente a regiones receptoras del agua del Tajo que gozan de mayores cotas de desarrollo y renta: “Parecería que lo único que debe vertebrar a España es el agua y se está permanentemente predicando sobre su distribución, pero no se les oye hablar de distribuir la riqueza. ¿Por qué no trasvasar también riqueza y bienestar?”

Se consigue así un discurso político aparentemente aglutinador, de carácter regionalista, que no encuentra como referente opuesto a la lejana Cataluña, a la que se admira por la forma en que defiende sus intereses, sino al Gobierno de la Nación, en aquellas actitudes que, entiende, perjudican los intereses de Castilla-La Mancha —y a las regiones limítrofes, Valencia y Murcia, que gozan de niveles de renta y riqueza superiores. No se ve, pues, ni preciso ni deseable entrar en el anticatalanismo, tan socorrido, como elemento medidor del agravio, al contrario de lo que ocurre con otras regiones (véase por ejemplo Extremadura, en la discusión del 15 % o Castilla y León, en la polémica generada por la reconstrucción del teatro del Liceo y el deterioro de las Catedrales). En el caso de Castilla-La Mancha, quién agravia es más próximo, cercano, y además afecta con su actitud, de forma inmediata, los intereses propios de la Región. Pero es importante establecer el marco del discurso en un ámbito superestructural: “Fui elegido para defender este territorio desde la solidaridad, pero faltó a ella si acepto que Castilla-La Mancha, que no es una de las regiones más ricas, sea sometida como históricamente lo estuvo al poder centralista que encarnaban los siderúrgico vascos, los industriales catalanes y los cerealistas castellanos.”

El resto del discurso tiene más que ver, por una parte, con la calidad de vida de una región eminentemente rural, que ha sufrido tradicionalmente las carencias de la modernidad, con la solidaridad (“solidaridad con los que más lo necesitan, fundamento de nuestra política”), y con la contemporaneidad de los problemas del presente político nacional. Así, los casos de corrupción sirven de revulsivo para adoptar iniciativas políticas que se colocan en la vanguardia del mensaje global de los socialistas, en un intento por renovar los usos de hacer política, lo que lleva a la adopción de iniciativas respecto de la transparencia (“bolsillos de cristal”), imbricando así el discurso propio con la política nacional, y convirtiendo a la región en pionera de las medidas de transparencia (Ley 6/1994, de Publicidad en el Diario Oficial de los bienes, rentas y actividades de los gestores públicos de Castilla La Mancha de Declaración), con un eco presentado como ejemplarizante por medios políticos y periodísticos nacionales.

En esta línea de lenguaje se enmarca también la proyección de un modelo de partido que pretende romper las rigideces clásicas, y lanzar un mensaje con un alcance muy superior al del electorado tradicional. El político independiente llamado a participar en las filas socialistas se constituye así en elemento de conexión con la cotidianidad y la realidad social. Se manifiesta claramente una vocación partidista más próxima al “partido de todo el mundo” (catch all party) que al referente partido de masas tradicional del socialismo, o al más moderno partido de electores (“Vamos a recoger votos no estrictamente ideológicos”).

En cuanto a las formas, las actitudes del discurso político no están exentas de una fuerte carga populista, tanto en el uso del idioma (con frecuente recurso al refranero popular o al “dicho”, muy propio de las zonas rurales), como a la simplicidad y cercanía del lenguaje, fácilmente entendible por toda la población. La acción, se acompaña, de la presencia física —visitas frecuentes a los municipios de la región, incluidos los más recónditos, muchos de los cuales nunca recibieron visita de autoridad alguna, aspecto este que le gusta recalcar— y de los baños de multitud.

Por último, al menos brevemente, me voy a referir al discurso político de la derecha en la región, Partido Popular, y al de Izquierda Unida. La principal característica de ambos es, tanto su escasa repercusión pública como la dificultad por encontrar un mensaje capaz de desmarcarse de una forma diferenciada del fijado por el Presidente. Es bien cierto, que el Partido Popular ha encontrado grandes dificultades a la hora de articular su propio discurso político, que en la mayoría de los casos no ha tenido otro referente que el propio de su dirección nacional (se ha pretendido con escaso éxito extender a la región el “discurso de la corrupción”). Por otra parte, la falta de continuidad histórica en el liderazgo político regional (cada proceso electoral autonómico ha conocido un candidato diferente, salvo los dos últimos, donde repite su actual líder José Manuel Molina), o la falta de proyección nacional de éstos —incluso en el seno de su propio partido— han hecho que el mensaje de los populares a nivel regional no sea percibido por la población como algo diferenciado del mensaje global. Evidentemente si ello puede suponer un problema, de conexión o percepción por parte del electorado y de falta de identificación con los intereses regionales, no es menos cierto, que en el presente momento tiene una relativa carga positiva, en la medida en que la carencia de líderes regionales reconocidos ha sido hasta hace poco suplida con un mensaje global dirigido a toda la población, y cuya pretensión última era que los “desaciertos” imputables al Gobierno socialista de la Nación fuesen proyectados por el electorado a la particularidad del ámbito regional. Esta línea de discurso pretendía, evidentemente, que la acción

global —unida a un sentimiento regionalista no consolidado—, provocase en el electorado una reacción de apoyo generalizado al Partido Popular que arrollase el esfuerzo del Presidente Socialista en la región por hacer un discurso propio.

Los resultados de los comicios municipales y autonómicos de 1995 y las elecciones legislativas del pasado Marzo resituaron el contenido del discurso popular: su estrategia sólo fue eficaz en el contexto general pero de menor fortaleza respecto del ámbito estricto de la Región, como poder político diferenciado. Además, se evidenció claramente, una vez más, cómo el electorado marcó una clara diferencia entre el discurso político de José Bono, como Presidente de la Junta, y el propio del Partido Socialista, que se fraguó en unos resultados sustancialmente diferentes entre los comicios autonómicos y los obtenidos en los procesos electorales municipal y legislativo.

Por lo que se refiere a la coalición Izquierda Unida, ésta sufre un tradicional problema de implantación territorial (en las actuales Cortes regionales solo tiene un diputado por Albacete), consecuencia de las características rurales de la población castellano-manchega. El asentamiento político del Partido Comunista de España (elemento casi exclusivo de la Coalición en la Región) se limita a las ciudades, que albergan tan sólo a una cuarta parte de la población, y que además centran sus actividades en el sector servicios. El discurso de Izquierda Unida, tampoco ha encontrado un camino de diferenciación nítido del discurso Regional dominante, por más que haya intentado ser más combativo en lo ecológico. Además, su único parlamentario, José Molina no ha logrado ser conocido más allá del ámbito geográfico de la provincia de Albacete.

Al igual que le ocurre al Partido Popular, I.U., sólo tiene como alternativa el discurso global de la coalición y, en menor medida, el empeño de aparecer como más reivindicativo, respecto de las cuestiones regionales, que el PSOE. De esta forma pretendería, al igual que el Partido Popular, aprovechar el tirón electoral que pueda tener su líder nacional, Julio Anguita, que en la medida en que supuso un relativo fracaso a nivel nacional, lo fue aún mayor en el ámbito geográfico de Castilla-La Mancha.

Las Elecciones Autonómicas del pasado 28 de Mayo evidencian un lento pero paulatino afianzamiento de los intereses y valoración por lo propio, de forma tal que ha calado un cierto sentimiento regionalista en Castilla-La Mancha, y por tanto una calificación positiva, por parte del electorado, de la política emprendida por José Bono, así como del grado de identificación que se interpreta existe entre éste y la Región, siendo limitada —principalmente a los núcleos urbanos— la repercusión, influencia y arrastre de los acontecimientos políticos nacionales en el voto hacia las diferentes opciones. □